

## MISTICA Y COMPROMISO, CARENTES DE CONTEMPLACION

A PROPOSITO DEL SOCIALISMO EN LA IGLESIA

POR

V. LAMSDORFF-GALAGANE.

### 1. El compromiso socialista.

En principio, el problema fundamental sobre el que versa esta ponencia, «mística y compromiso», que me ha correspondido desarrollar aquí, es el siguiente: ¿hasta qué punto el ser cristiano implica, exige o tolera una participación política activa en la vida de la comunidad?

Adelanto en seguida que mi respuesta a esa pregunta es afirmativa. No creo que haya nada, en la condición de cristiano, e incluso en la condición de eclesiástico, que impida tomar parte activa en la vida política de la comunidad a que se pertenece. En presencia de una injusticia, nada hay de reprobable en que se reaccione contra ella, y sí lo hay en no hacerlo. En presencia de la desamortización de Mendizábal, encuentro muy lógico que el clero animara a sus feligreses en apoyo del ejército de D. Carlos, que pretendía acabar con todos los desamortizadores, confiscadores y nacionalizadores. Y encuentro muy lógico que la Iglesia bendijera ciertas empresas guerreras, desde las Cruzadas hasta nuestra Guerra de Liberación. En mi opinión personal —que someto de antemano a cualquier matización o corrección que pudiera hacer la Iglesia—, un cristiano, por pío que sea, en determinados casos tiene derecho a enfadarse.

Tampoco quiero predicar ningún milenarismo. Cristo bien dijo que Su Reino no era de este mundo. Pero hay al menos un derecho al que el cristiano, precisamente en su calidad de cristiano, no puede

renunciar: el derecho de libre propagación de su fe. Además, el cristiano está sometido, como todo el mundo, a la ley natural. La Gracia no altera la naturaleza, ni tampoco las obligaciones que establece la ley natural. Como la sociedad política es una institución natural, nada hay de condenable, sino todo lo contrario, en que los cristianos colaboren en su funcionamiento, su mejora o su defensa. Y si esto requiere que tomen opciones políticas concretas, han de tomarlas.

Pero no quiero hablarles de eso.

Hoy quiero hablarles de *una* determinada opción política: de la opción por el *socialismo* de tipo marxista. O sea, de una opción por algo, que no sólo tiene que ver muy poco con la ley natural, sino que incluso niega su existencia. Hay cristianos que han elegido esta vía. Por ejemplo, en abril último se han reunido en Chile unos «Cristianos por el socialismo», que elaboraron unas conclusiones de tipo «viva Che», con los naturales panegíricos a los regímenes cubano y chileno (1). Entre estos cristianos hay sacerdotes (2) e incluso obispos (3).

Que se trate de una opción ilícita, no necesita mayor demostración. El socialismo marxista ha sido condenado por todos los papas (4). Ha resultado ser económicamente ineficiente. Ha conseguido que en Cuba esté racionado absolutamente todo, incluso el azúcar y el tabaco; que Rusia importe trigo; y menos mal que el mar aún

---

(1) Pueden leerse, p. ej., en la revista «COM» de 19-5-1972, páginas 6 y siguientes.

(2) Como el conocido cura-poeta Ernesto Cardenal, dedicado, en Nicaragua, a la propaganda castrista (Cfr. entrevista publicada en «El Ciervo», 1972 (222-223) 14 y sigs.). Y no sólo los hay en Nicaragua; me temo que cada uno de mis lectores conozca, personalmente, a alguno.

(3) Como el Arzobispo de Recife, Mgr. Helder Camara, o más caracterizadamente aun, el Obispo de Cuernavaca, Mgr. Méndez Arceo (Cfr. su intervención en el citado encuentro de «cristianos por el socialismo», en «COM», cit., págs. 8-9).

(4) Pablo VI, alocución a los trabajadores de 22-5-1966; *Octogesima adveniens*, 26, 32-34, etc., así como en numerosos otros documentos; Juan XXIII, *Mater et Magistra*, 109, etc., y también en muchos documentos más; para no remontarnos a la *Divini Redemptoris*, *Quadragesimo Anno* o *Quod apostolici muneris*.

no es socialista, que si no, faltaría el agua (5). Tiene una marcada tendencia a la dictadura, a los paredones y a los campos de concentración. Por fin, es responsable de la mayor persecución religiosa que registra la historia desde Diocleciano.

Y, sin embargo, existen cristianos que han escogido el socialismo, que le hacen la propaganda con todos los medios a su alcance y que dedican lo mejor de sí mismos a su triunfo. Ante esto, creo que la mera condena no basta. Estimo que sería bueno tratar de descubrir las razones de una actitud tan paradójica, tratar de entender las motivaciones que llevan a estos cristianos —cuya buena fe hay que suponer— por unos caminos tan tortuosos. Máxime, porque su número parece ir en aumento.

Lo he intentado hacer, y voy a tratar de compartir con Vds. mis reflexiones. Me ha servido de «material de experiencia» una revista moderadamente «progresista», una entre muchas, llamada «Hechos y Dichos», editada en Zaragoza por los PP. Jesuitas. Hay revistas más «avanzadas» aún, pero ésta tiene la ventaja de plantear los problemas a fondo. Creo que es un buen ejemplo. De todas formas, cualquiera puede repetir el experimento con otras, y no creo que los resultados difieran mucho. Al fin y al cabo, todas estas revistas se parecen.

Pues bien, espigando cosas que dice la revista por aquí y por allá, vamos a tratar de meternos en la psicología de sus redactores, de sus responsables. El problema de los lectores es relativamente más sencillo: u obedecen a motivaciones análogas, o simplemente se creen a pies juntillas todo lo que les cuenta su revista. O ambas cosas a la vez.

## 2. Amigos y enemigos.

¿Cuál es, en general, el «ambiente» de la revista? Unas cuantas princetonadas bastan para definirlo.

---

(5) Ahora que lo pienso, es una broma sólo hasta cierto punto. El único mar enteramente socialista, hasta la fecha, es el mar Caspio. Pues bien, el nivel de sus aguas ha descendido, desde 1917, en casi la mitad, y sigue descendiendo a ritmo alarmante.

Podemos encontrar condenas expresas al «capitalismo» (6). Pero nunca al «socialismo». Al contrario, nos lo presentan como la antítesis del anatemizado «capitalismo», definiéndolo como «control de los medios de producción mediante consejos de trabajadores», sometidos, sin embargo, a una planificación central (7).

Se nos dice que la «derecha» ya no se puede permitir hablar en nombre del cristianismo (8), cosa que a la revista le parece muy bien.

Se nos informa de que la democracia representativa «ya no satisface»; se requiere una «democracia de participación» (que estriba en que el pueblo participe en las decisiones y en las responsabilidades. La imprecisión ¿será buscada de propósito?) (9).

Se deja caer que la Banca, en cuanto es privada, «no trabaja para el bien común de la sociedad» (10). Trabaja por codicia. En cambio, el Estado sí trabaja para el bien común (por definición) (11).

Por aquí resulta que Bernardette Devlin merece el nombre de católica, no por ir a misa y tal, sino por «sólo buscar la justicia sin ninguna pretensión para el mismo cristianismo»; o sea, por «sus afanes socialistas en favor del pueblo» (12).

Por allá se habla de los alemanes que no quieren nazis en su vida política. Está muy bien. Los españoles tampoco quieren rojos en su

(6) Por ejemplo, «Hechos y Dichos», 1969 (396), pág. 410.

(7) *Ibid.*, pág. 411. No nos engañemos demasiado con los «consejos de trabajadores». O bien se les piensa transmitir la plena propiedad de las empresas en que trabajan, con todas las facultades de gestión y administración, en cuyo caso sólo se habrán sustituido las sociedades privadas de accionistas por sociedades privadas de obreros. Con posibilidad, además, de vuelta al sistema anterior: si los obreros son realmente propietarios de la empresa, y, por ejemplo, les va mal el negocio, tendrán derecho a venderla, ¿o no?

O bien se piensa en conferir la propiedad de las empresas al Estado, y planificarles producción, precios, costos, compradores, proveedores, etc., en cuyo caso el papel de los consejos de trabajadores quedará reducido, en la práctica, a discutir si en la cantina pondrán garbanzos o lentejas. Todo hace suponer que «Hechos y Dichos» propugna, en realidad, la segunda posibilidad.

(8) 1972 (426), págs. 32-33.

(9) 1971 (421), pág. 4.

(10) 1969 (399), pág. 751.

(11) *Ibid.*, págs. 752-3.

(12) 1969 (400), pág. 848.

vida política. Pero esto, está muy mal: «los de la otra zona eran hombres cargados de razones y de buena voluntad» (13).

Hay abundancia de noticias de los países del Este. La valoración de conjunto, en general, es más favorable a Yugoslavia que a la URSS. Pero se reprocha a la Iglesia que allí se ha conservado su «inadaptación», en substancia, porque los fieles viven una vida de oración y sacrificio por la fe, y se desentienden del mundo que les rodea (léase, del socialismo) (14). Cito textualmente: «La Iglesia se vanagloria de que delante de su pueblo fiel fue mártir e intachable. El sepulcro del Cardenal Stepinac, en la catedral de Zagreb, continuamente visitado, es un testimonio de la reacción admirativa del pueblo. Pero no nos engañemos. ¿A quién sirvió de luminoso ejemplo esa actitud? A un pueblo fiel al que nosotros mismos formamos con el complejo de que el comunismo es totalmente nefasto, pero no a la gran masa que ve en el socialismo una fuerza efectiva de liberación» (15).

Y, consecuentemente con esto, entre las noticias religiosas, se destacan todas aquellas que puedan indicar posibilidad, perspectivas, futuro o presente de una pacífica colaboración entre la Iglesia y el Estado en los países del Este (16). Inversamente, se destaca todo lo que indique conflicto entre Iglesia y Estado en los países occidentales (España inclusive) (17).

---

(13) *Ibid.*, pág. 828.

(14) 1968 (382), págs. 58 y sigs.

(15) *Ibid.*, pág. 67. En la realidad, es justo al revés: la «gran masa» ve en el socialismo más una fuerza de opresión que de otra cosa, y de ahí su respeto al Cardenal que no quiso transigir con él.

(16) P. ej., 1969 (394), págs. 274 y sigs.; 1969 (395), pág. 373; 1969 (402), pág. 1101; 1971 (422), pág. 371; 1972 (427), págs. 21 y sigs.; incluso al describir situaciones conflictivas, se hace un especial hincapié en la fidelidad de los creyentes al régimen en sí (1969 (401), pág. 983), cuando no se les echa a ellos la culpa del conflicto.

(17) P. ej., 1969 (394), pág. 246; 1969 (395), págs. 349 y sigs. (protestando por la subida de sueldos a los curas en España); 374-5; 376; 1969 (396), págs. 472, 475, 477, 479; 1969 (399), págs. 762 y sigs., 784; 1969 (401), págs. 979 y sigs.; 1969 (402), págs. 1080 y sigs.; 1972 (427), páginas 13 y sigs., etc.

De China roja se dice, por ejemplo, que su política de armamentos y de bajo consumo viene impuesta por el cerco exterior al que está sometida (18). ¡Pobrecitos! Ellos no quieren, pero les obligan ...

Muy de tarde en tarde, se publica también algún artículo anti-soviético, aunque cuidando mucho de no hacerlo antisocialista (19). Y aun en éstos, se pueden encontrar pequeñas falsedades. Se cuenta, por ejemplo, que Bukovski estuvo recluido por participar en una manifestación bajo el slogan «respetad la Constitución» (20). Aparece así, ante los ojos del lector, como un joven idealista, quizá un poquito ingenuo, que creía que con sólo respetar «nuestra» constitución socialista, se arreglarían todos los problemas. Pero en realidad, el slogan de Bukovski era «*respetad vuestra propia Constitución*». Como se ve, el matiz es completamente distinto. Sí, ya sé, sólo es un detalle, que en sí no tiene importancia. Pero ... son demasiados detalles.

Porque en el mismo número se constata también que los emigrantes soviéticos que llegan a Israel son furibundamente antisocialistas. «Quizá alguno de nuestros lectores se pregunte cómo es posible.» Pues bien, «la respuesta sólo puede encontrarse como una reacción a las características de hermetismo que las comunidades judías presentan allí dondequiera que existen. Y en Rusia se da este caso» (21). Lo que no dice la revista, es que a los rusos que consiguen salir, les ocurre exactamente igual. Pero de decirlo, seguro que lo explicaría por «particularidades del alma eslava».

El juicio de conjunto sobre el socialismo parece ser el siguiente: «en general, el socialismo no ha solucionado todos los problemas, pero ha emprendido el camino para solucionar los de abajo, los que afectan al pueblo» (22). Dicho a propósito de Yugoslavia. Luego, sí, se admite que sus obreros tienen que emigrar a países «capitalistas», o que sus creyentes siguen con dificultades bastante serias. Pero

---

(18) 1971 (422), pág. 14.

(19) P. ej., 1972 (428), págs. 12 y sigs.

(20) Ibid., pág. 13.

(21) Ibid., pág. 22.

(22) 1968 (382), pág. 65.

se tiene buen cuidado en explicar cómo y por qué de eso no tiene culpa el socialismo.

El socialismo es una cosa muy buena, y no sólo se anima a los lectores a establecerlo, sino que se les llega a poner en el dilema de que quien no está a favor del socialismo, está contra él: «los cristianos tienen que darse claramente cuenta de que no les quedan más que dos alternativas: o se está con el proceso revolucionario, con una opción decidida por la línea de avance de la revolución por ambigua que sea, o se está ineluctablemente contra dicho proceso, aunque sean muy humanas y santas las intenciones» (23).

En general, la revista da la persistente impresión de que los países del Este son sus amigos, para cuyos errores o defectos valen todas las excusas, y de que los regímenes occidentales son sus enemigos, a los que se ataca hagan lo que hagan.

### 3. Justicia e injusticia.

Pues bien, ¿cuál es la razón de todo esto? ¿Por qué los responsables de «Hechos y Dichos» condenan al «capitalismo»? O *a sensu contrario*, ¿qué les atrae del socialismo que no se tenga ya en Occidente?

Desde luego, hay una razón declarada, que incluso se repite prácticamente en cada número, hasta llegar a la machaconería. Y es que nuestra sociedad «capitalista» es esencialmente *injusta*. A veces se desarrolla la idea con referencia (expresa o tácita) al análisis de Marx: se explota a los obreros, se les detrae la plus-valía, los capitalistas se enriquecen sin trabajar, parasitismo, etc., etc. No hay que hacer demasiado caso a este lenguaje: es sólo una manera de hablar. En su sentido literal, la economía de Marx, al igual que la dialéctica de Hegel u otras cosas parecidas, es una preciosa construcción de la mente, pero tiene el inconveniente de que *no es verdad*. En la vida real, las cosas no transcurren por tesis-antítesis-síntesis; o mejor dicho,

---

(23) 1972 (426), pág. 34 (a propósito de Latinoamérica); la misma tesis en general —aunque con lenguaje más esotérico— en 1972 (429), página 32.

transcurren algunas, por casualidad. Del mismo modo, un empresario occidental no vive de sus obreros, sino de sus compradores. Ellos son los que le dan el dinero, los ingresos de su empresa. Luego estos ingresos se dividen entre reinversión, trabajadores y empresario. Habrá explotación de los trabajadores cuando la parte que les corresponda sea desproporcionadamente baja; esto se da en algunos casos, y en otros no. Es que realmente, ¿cómo puede ser *verdad* una teoría según la cual resulta que al obrero americano se le «explota», y al soviético no? Es que sí lo es, a mí, por favor, ¡que me exploten!

Lo mismo pasa cuando se declara (con suma frecuencia) que los países «desarrollados» *explotan* a los «subdesarrollados»: ocurre en unos casos, en otros no. En tesis general, *tampoco es verdad*. Hay subdesarrollo en las colectividades que sólo intentan proveer a su propia subsistencia, y al tener poco o nada que vender, se quedan fuera del circuito económico mundial, o incluso nacional. O bien en casos de exagerado monocultivo, que hunde el mercado por exceso de oferta. El problema de los países pobres estriba, simplemente, en que no han imitado, a su debido tiempo, a los países ricos, que al fin y al cabo, se han desarrollado a sí mismos partiendo de un estado muy parecido, sin ayuda de nadie ni economías planificadas. Es que otra vez, una teoría según la cual resulte que Suiza pueda tener alguna responsabilidad en el subdesarrollo de Tanzania, tampoco *puede* ser verdad. El mal del Tercer Mundo no está en que se le explote, sino precisamente en que lo «explota» nadie.

Pero ahí viene la paradoja. Sé —por muchas experiencias parecidas— que explicarles esto a los articulistas de «Hechos y Dichos» no surtiría ningún efecto. Me podrían incluso conceder que tengo razón ... y seguir con lo suyo. Además, lo saben ya muy bien sin necesidad de que nadie venga a explicárselo. Lo que ocurre, es que *no afecta a su razonamiento*. Cualquier ataque, pogamos, a la economía de Marx, los deja indiferentes, por razonado que sea. Y es que, en el fondo, les trae completamente sin cuidado saber si las mercancías tienen o no un valor en sí, o si este valor es o no es el producto de las horas de trabajo por el coeficiente de utilidad marginal. Lo que les ocurre, es que han adoptado el lenguaje, la terminología de Marx, para expresar con ellos una idea ética, a la cual no afecta,



lógicamente, ningún razonamiento técnico. Lo de la «explotación» y todo esto, es, simplemente, una manera de expresarse. Igual hubiera podido ser otra. Porque lo que intentan darnos «Hechos y Dichos» (24) no es una *descripción* de lo que ocurre en Occidente, sino una *valoración* de ello.

Por esto decía que a este lenguaje marxista no hay que hacerle demasiado caso. Es totalmente accidental. La idea que lo preside es independiente de él, y es perfectamente expresable en nuestro lenguaje de cada día. Es más, en «Hechos y Dichos» viene expresada, una y otra vez, en todas las terminologías posibles, y bajo todos los ángulos imaginables.

Esta idea es la siguiente: en nuestra sociedad, los bienes están desigualmente repartidos. Unos tienen mucho, y otros poco. Y esto es *injusto*.

Este juicio, precisamente éste y no otro, constituye el telón de fondo de la mitad, o más, de todo lo que se escribe en «Hechos y Dichos». Por esto mismo, vamos a examinarlo más de cerca.

En principio, para admitirlo nosotros, tendríamos que hacer una serie de distinciones y matizaciones. Pero de momento, no lo hagamos. Démoslo por bueno: de acuerdo, hay pobres y ricos, y esto es injusto. Entonces vemos que ahí no terminan los problemas, sino que precisamente acaban de empezar.

Veamos el primero. Esta condena al «capitalismo», por «injusto», se hace *hoy*. O sea, en una época que ha demostrado que es posible llegar a un estado de abundancia *para todos*. Y es más, ha demostrado que es posible llegar a ello precisamente en régimen «capitalista». Ya existen hoy, ahora mismo, ejemplos de sociedades, como los Estados Unidos, Canadá, Suecia o Australia, cuyos miembros tienen acceso a cuanto puedan necesitar, o que pueden y piensan llegar a este punto en un próximo futuro. Sociedades en que *todos* disfrutan de ocios, de comodidades, de posibilidades sin número en

---

(24) Igual que en su día hizo el propio Marx. Cfr. el agudo análisis de Louis Salleron, *¿Qué es la explotación?*, en «VERBO» 1971 (10/95-96), págs. 515 y sigs., o mi propio *El concepto de justicia en el marxismo soviético actual*, Porto, Santiago de Compostela, 1969, págs. 51 y sigs.

todos los órdenes, en una palabra, sociedades en que es *rico* todo el que quiera serlo.

Claro que estas sociedades siguen siendo «injustas». Aun dentro de la riqueza, caben más y menos. Pero precisamente ahora es cuando esto empieza a *no tener importancia*. En el fondo, las diferencias en la marca del coche o en los metros cuadrados de la casita de campo son, tal vez, sensibles, pero son algo completamente distinto de la clásica «injusticia», en la que uno moría de hambre mientras otro se sentaba al banquete. Las diferencias patrimoniales van siendo, cada vez más, diferencias de detalle. Estos detalles pueden tener su importancia subjetiva, pero no justifican en absoluto que para eliminarlos, se modifique de golpe todo el orden social, sin saber lo que va a salir después.

Y entonces nos preguntamos: si hay cristianos y sacerdotes desde hace casi dos mil años, durante los cuales hubo en todo momento ricos y pobres, ¿por qué les ha ido a dar tan fuerte por la «justicia» precisamente ahora que el problema empieza a dejarse de plantear?

Bueno, me adelanto a la contestación. En España, que es donde se escribe «Hechos y Dichos», aún no se ha llegado a esto, y el problema todavía se plantea: hay gente que vive muy bien, y gente, gente obrera en general, que vive bastante peor. Pero veamos entonces, ¿cuál sería la solución *justa* a esto?

¿Sería la de que los obreros vivan bien, y los actuales ricos vivan mal? No lo creo. Sería, como vulgarmente se dice, «desvestir a un santo para vestir a otro». Cambiarían las personas, pero la injusticia en sí subsistiría.

Entonces, la única solución que veo es la de que vivan bien *todos*. Parece lo lógico. Pero en cambio, no parece ser lo que quiere «Hechos y Dichos». Según ellos, la opulencia produce «un hombre esclavo de la tecnología», «aburguesado», demasiado «comodón», y se llega a decir que el ocio que deja la subida del nivel de vida es «una verdadera lacra de la sociedad de nuestro tiempo» (25). Las sociedades de la abundancia de que hablaba hace un momento reciben el nombre de «sociedad de consumo», y se nos dice una y otra vez que son nefandas y vitandas.

(25) 1972 (432), pág. 41.

Luego, la solución no es ésta. Pero entonces, ¿qué quieren para los que viven mal? En principio, debiera ser «que mejoren». Y cualquier mejora en el nivel de vida obrero debiera acogerse con alegría. Pero no es así. Aquí mismo, en España, existen Universidades Laborales, Escuelas Profesionales, etc., que forman técnicos de entre los obreros, y éstos pasan a ganar bien. Pues a «Hechos y Dichos» le parece muy mal. Resulta, según ellos, que lo que hacen estas escuelas es «desclasrar» a los mejores de entre los obreros, o sea, integrarles en la «burguesía». Les pagan bien, pero ellos deberían «renunciar a su comodidad por el bien común», deberían ser «líderes obreros que metidos, encarnados, comprometidos con la masa obrera, pujen por dignificarla». Se llega a decir que mejor sería que no les pagaran tanto: «si esos miles de jóvenes que se han promocionado sólo económicamente hubiesen seguido en la masa obrera, serían, al menos, fermento de exigencia» (26). Más claro, el agua: cuanto peor, tanto mejor.

Claro que al fin y al cabo, podría tratarse tan sólo de una especie de maximalismo un poco exaltado: ¡que mejoren todos, o ninguno! Pero tampoco es esto. Aquí, en España, los obreros ya no viven realmente tan mal. Aún no puede decirse que vivan «bien», pero cada vez mejor, y hay buenas perspectivas de que sigan mejorando. Pues esto no le gusta a «Hechos y Dichos». Viene a decir que es una suerte que los obreros todavía vivan mal, porque «nuestro país sigue estando en lo que Marx hubiera llamado 'las condiciones objetivas de la revolución'». Y que no se desperdicie la ocasión, porque dentro de diez o quince años «nos habrá invadido el neocapitalismo», y el obrero español se habrá integrado al «establishment» como sus colegas extranjeros (27).

---

(26) 1968 (382), págs. 12 y sigs. ¿Qué se entiende, además, por «dignificar» a los obreros? ¿Enseñarles Maestría Industrial? No creo; para eso están estas mismas denostadas Escuelas Profesionales. Tiene que tratarse, por lo visto, de acción «cívica y política», con el fin de terminar con el orden social actual, aunque pague «salarios justos y equitativos». Otra confirmación de lo mismo: importa, ante todo, el socialismo. Sin él, los obreros, por bien que vivan y por contentos que estén con su suerte, no están «dignificados».

(27) 1969 (398), págs. 627-630.

Si se habrá «integrado», será porque viva bien. Pero esto hay que evitarlo. Luego hay que evitar que el obrero viva bien. Estamos en lo mismo: cuanto peor, tanto mejor.

#### 4. El régimen "justo".

Claro que podría tratarse de una simple táctica: evitar todo aumento de nivel de vida ahora, para que no estorbe a la revolución socialista; en cambio a la larga, si se persigue este aumento, sólo que por medio de socialismo. Pero si fuera así, ¿para qué hacer una revolución, con la cual se lograría algo que se está logrando ya sin ella? Además, si el socialismo lograra un nivel de vida comparable al actual de Occidente, ¿no estaríamos ante la misma sociedad «de consumo», «burguesa» y «comodona» que ahora se condena?

Esto nos lleva a una conclusión mucho más grave: es que no interesa el aumento del nivel de vida *en sí*. Lo que buscan los Padres Jesuitas de «Hechos y Dichos» es *otra cosa*.

Nos lo confirma lo que cuentan de los países socialistas que tanta simpatía les inspiran. Tanto en Yugoslavia como en Rusia, se reconoce que la gente es pobre (28). Pero los articulistas se cuidan mucho de añadir, a renglón seguido, que no se ven contrastes ni diferencias de clase (29), o que allí tienen todo lo necesario para vivir, aunque sin ningún lujo (30). De lo cual se deduce que para «He-

---

(28) 1968 (382), págs. 49, 64.

(29) *Ibid.*, págs. 50, 64. Aunque a veces se contradigan, como cuando constatan que hay más criadas en la URSS que en España (pág. 51), lo cual es precisamente un signo de gran diferenciación social.

(30) *Ibid.*, pág. 49. En la realidad, no son ciertas ni una cosa ni otra. En cualquier país socialista hay gente que vive con todo el lujo asequible a un occidental, y gente que carece absolutamente de todo. En honor de los observadores de «Hechos y Dichos», hemos de reconocer que ni a unos, ni a otros, se los enseña a los visitantes extranjeros. Pero esto no quita que las diferencias de «clase», allí, sean más marcadas —y más odiosas— que en Occidente, pues se trata de la diferencia, no entre unos que tienen mucho y otros que tienen más, sino entre unos que tienen mucho y otros que no tienen nada.

chos y Dichos», un régimen puede ser bueno y deseable aunque sus súbditos sean pobres. A condición de que sea socialista, claro, porque ¡ay si digo algo parecido de los obreros españoles!

Entonces, ¿cómo lo quieren, ese régimen socialista? Por una parte hablan mucho de «liberación». En España, esto puede tener un sentido político muy determinado. Pero por otra parte, ya vimos que la democracia «clásica» tampoco les satisface. Es más, uno de sus más conspicuos articulistas reconoce *expressis verbis* que su opción es por la «justicia», aun a costa de la libertad. Ahí va su argumento: «la libertad es algo así como el trofeo que es preciso conquistar entre todos, mientras que la justicia es antes aún el instrumento previo sin el cual los hombres no pueden lanzarse a su conquista». Admite que su postura lleva el riesgo de ser una convocatoria larvada a la dictadura, y que esto mismo llevó, en «algunos» países socialistas, a consecuencias muy desagradables. Pero añade: «reconozco toda la magnitud de esta 'pega' pragmática, pero su peso no me aparta ni un ápice de una opción que hago con el deseo de que prenda en otros muchos» (31). Traducción: socialismo ante todo, aunque sea con un dictador.

Luego, lo único que queda, en su ideario declarado, es la famosa «justicia». Quieren el socialismo —dicen— porque es más justo. Su ideal es el siguiente:

- Que el único título de posesión sea el trabajo.
- Nivelación a la hora de poseer cada cual los frutos de su trabajo.
- Colectivización de los bienes.

Lo más curioso es que encontramos este programa en un artículo que se titula «Nuevas pistas de la pobreza evangélica» (32). Ya se ve que de «abundancia», nada. La idea es que aunque tengan poco,

(31) 1969 (393), pág. 138. Artículo firmado por J. M. de Llanos.

(32) 1971 (421), págs. 33 y sigs. Más explícitamente: «la solución estaría en considerar todo servicio social digno de una paga idéntica ... dejando la diferencia de la retribución al grado de entrega del dicho profesional a su trabajo» (1972 (428), pág. 39).

todos tengan igual. Y que esto justifica cualquier sacrificio: si para lograrlo, hay que suprimir todas las libertades, mueran las libertades. Si se necesita un dictador, viva el Führer. Si tendremos menos bienes, sobran los bienes. Si se han de cortar cabezas, rueden las cabezas.

Esto se desprende de lo que «Hechos y Dichos» dicen. Pero yo, no me lo puedo creer. No consigo ver qué atractivo puede ejercer sobre unos sacerdotes, animados de las mejores intenciones, un régimen políticamente dictatorial, económicamente ineficiente y espartano en cuanto a comodidades (33). Total, por amor a una justicia en abstracto, que un régimen así haría rápidamente odiosa. Y que, por otra parte, no hace ninguna falta a nadie. Entre un régimen que me da mucho, aunque a otros más aún, y otro que me da poco, pero a todos por igual, yo prefiero el primero. Y como yo, la inmensa mayoría de la gente.

En las páginas de «Hechos y Dichos» se ha planteado expresamente este mismo problema, incluso en términos muy claros: «¿Qué prefiere dicho pueblo, dichas masas, dichas familias a la hora de sus apuros? ¿Un servicio a punto y bien llevado a cabo, aunque sea en su calidad de privado negocio de algún explotador? ¿Qué prefiere: esto o el servicio público, el nacionalizado o socializado que se desarrolla sin negocio de nadie, pero chapucera y arrastradamente?» (34). El articulista no contesta claramente a la pregunta. Pero a lo largo de su trabajo, va contraponiendo el «mundo injusto», que proporciona ventajas y comodidades, al «mundo justo» por el que lucha él; y en el mismo número, encontramos crónicas (entusiastas) sobre la izquierda francesa (35), sobre una reunión de socialistas «cristianos» en El Escorial (36), una entrevista con un socialista chile-

---

(33) No es que directamente *quieran* un régimen así, estoy de acuerdo; lo preferirían distinto. Pero se trata de lo que los penalistas llaman «dolo eventual»: como se desprende de sus propias palabras, admiten, y aceptan, que de lo que hacen, puedan seguirse tales consecuencias. Para el caso, es lo mismo.

(34) 1972 (432), pág. 4. Firmado por el mismo J. M. de Llanos.

(35) *Ibid.*, págs. 16-17.

(36) págs. 19 y sigs.

no (37), una especie de pastoral de los obispos franceses a los cristianos socialistas (38) y un artículo que condena la sociedad actual por demasiado «comodona» y la compara con el Bajo Imperio Romano (39).

Está claro que la opción de la revista está hecha. Se lucha por el socialismo, aunque sea cabalmente lo contrario de lo que la gente, la gente normal, desea o necesita (40). Pues bien, repito, me niego a creer que sea por un amor abstracto a la justicia. Al fin y al cabo, la justicia es para la gente, y no a la inversa. Que digan lo que quieran, pero lo *justo* es precisamente ocuparse de la gente real, de satisfacer sus necesidades efectivas. Si «Hechos y Dichos» no lo hace, no será por «justicia». Alguna otra razón ha de haber.

Además, fijémonos en otra cosa. Al «capitalismo» se le condena a la vez por injusto, o sea, por dar demasiado a unos y demasiado poco a otros, y por opulento, o sea, por dar demasiado a todos. Luego, si se condena algo por la razón de que A, y simultáneamente, por la razón de que no-A, es que la condena es previa e independiente de A.

## 5. La fuerza.

Por tanto, hay, tiene que haber, una razón, aparte de la justicia, que motive en nuestros jesuitas-socialistas la condena de la sociedad occidental. E inversamente, tiene que haber *algo*, aparte de la justicia, que les atraiga en el socialismo.

Pero si queremos encontrar este «algo», hay que leerlo entre líneas, porque expresamente no nos lo presentan. Y a mí me parece distinguirlo en frases como la siguiente: «parece evidente que la his-

(37) págs. 33 y sigs.

(38) Págs. 43 y sigs.

(39) Págs. 40-41.

(40) Y bajo esta luz, el que J. M. de Llanos exponga estas dificultades puede resultar una forma muy sutil de propaganda: puede dejar en el lector la impresión de que si a pesar de todas ellas, se puede seguir siendo socialista, es señal de que los socialistas las tienen en cuenta e incluso están encontrando fórmulas para superarlas. Mientras que en la realidad, ¡de eso nada!

toria elegirá a la ideología revolucionaria para introducir en los países latinoamericanos el impulso hacia el desarrollo económico y la independencia política» (41). Son relativamente frecuentes. Pero tampoco en este caso se las ha de tomar en sentido literal. La «historia» ni impone, ni determina, ni elige, ni se decide por un régimen en detrimento de otro. No es una fuerza telúrica, sino el relato de los hechos pasados. Y, como tal, carece de todo poder directo.

También aquí, es una manera de hablar. Si no, ¿qué significarían pasajes —literales— como éste: «la historia es maestra de la vida. Pero no sólo es historia el pasado. La marcha de la historia presente, su progreso en la humanización real del mundo, es lo que debe guiarnos» (42)? Tomado al pie de la letra, es un sin-sentido: la historia no es sólo el pasado ... Luego, si uno es historiador ¿tendrá que relatar el pasado, el presente y el futuro?

Sin embargo, con toda esa fraseología, se quiere decir algo. Algo distinto de lo que expresan las palabras, desde luego, pero algo. Y es lo siguiente: que en un conflicto, o una confrontación entre nuestro régimen occidental, y el socialismo, a la larga ganará éste. ¿Por qué? No porque la historia lleve a ello, ni porque represente el futuro, ni nada de todo eso, evidentemente. Sino porque cuando pelean dos, gana el más fuerte. Predicen la victoria del socialismo, porque a diferencia de las democracias occidentales, *tiene fuerza*. Y o mucho me equivoco, o es precisamente esto lo que les atrae de él: *la fuerza*. Creo que todo el viraje de los eclesiásticos hacia el socialismo es, en última instancia, la búsqueda de la fuerza.

Entonces ¿sólo se trata, como dirían los franceses, de volar en auxilio del vencedor? Por mi parte, no creo que sea eso. O al menos, no exclusivamente. Y es más. Opino que esta búsqueda de la fuerza no es siquiera un ansia de fuerza física, sino que tiene un sentido más profundo y más ético. Se persigue, más bien, la fuerza moral, la *fortaleza* en sentido aristotélico. Y esto es una virtud. Todo individuo, y también toda colectividad o todo Estado, en que falte, será malo, imperfecto. Es una virtud importante: es la que lleva a la

---

(41) 1971 (421), pág. 24.

(42) 1968 (382), pág. 67. Dicho, naturalmente, a propósito de colaborar con los comunistas.



conquista, a las grandes empresas, a la difusión de los propios ideales. Más aún: sin ella es imposible cualquier poder, o incluso cualquier influencia sobre los demás: al débil, simplemente, no se le hace caso.

Y desde luego, si hay una virtud que no cabe esperar de nuestra buena burguesía liberal, es *esa*. Lo más que ha conseguido construir, hasta la fecha, es una sociedad opulenta, sí, pero sin ideales, sin mordiente, satisfecha de sí misma y de su opulencia, y totalmente indiferente hacia los demás (43). Una sociedad en la que todo «ya está», en que no queda nada hermoso por hacer, donde hay elecciones cada tres años entre social-demócratas y demócratas sociales, donde la lucha obrera se reduce a coseguir un aumento del 7,5 por 100, cuando los patronos sólo ofrecen el 6,8, donde todo el mundo sólo piensa en aumentar sus ingresos personales. Una sociedad cuya única ambición es disfrutar tranquilamente de sí misma, cuyo único valor es la paz, a la que se sacrifica absolutamente todo, y que se estremece de miedo ante cualquier amenaza a su prosperidad y a su tranquilidad. Fuerza moral, desde luego, ahí que no se busque. La fortaleza es cosa de señores, no de liberales.

En otro tiempo, también la tuvo la Iglesia. Pero, triste es reconocerlo, de un siglo y medio a esta parte la ha ido perdiendo en gran medida. Las causas fueron muchas: la sinuosa política vaticana, las reconciliaciones con los liberales desamortizadores, la flexibilidad ante los gobiernos laicizantes, el contemporizar con las injusticias, el malminorismo... Sea como sea, con razón o sin ella, la Iglesia ha dado a mucha gente una impresión de poca firmeza en la defensa de sus principios, que es lo mismo que decir de poca confianza en sí misma y en lo que predica. Su voz ha ido degenerando, gradualmente, hasta el nivel de una prédica moralizadora a la que pocos hacen caso.

---

(43) Eso, en el mejor de los casos. Sobre lo que ha sido capaz de hacer la burguesía liberal en España, me remito al excelente estudio de Manuel Fernández de Escalante, *El final del moralismo* (en el vol. *Teoría política tradicionalista*, I, Escelicer, Madrid, 1972, págs. 89 y sigs.), cuya lectura me permito recomendar muy vivamente.

Por esto, no les reprochamos a nuestros eclesiásticos socialistas que busquen ansiosamente la fuerza. Es que la necesitan, y la necesitan porque la necesita la Iglesia.

Tampoco les reprochamos que la busquen en el pueblo, porque el pueblo tiene mucha en reserva. Pero al quererla buscar en el pueblo, estos buenos clérigos se encuentran que allí mismo, y mucho antes que ellos, la han ido a buscar los socialistas. Entonces, no encuentran mejor solución que engancharse a su carro.

Y se equivocan.

## 6. Fuerza y socialismo.

Se equivocan porque engancharse con los socialistas, mientras no tenga ninguna consecuencia práctica, aún tiene un pase. Pero ¿y si ganan?

Pregunto esto porque, por paradójico que parezca, los socialistas nunca han conseguido crear un régimen realmente fuerte, ni se espera que lo consigan. En efecto, la fortaleza puede venir de dos factores: la confianza en el poder de Dios, o la confianza en la propia fuerza física. Lo primero, a la larga, sólo está al alcance de los místicos, que contemplan a Dios y tienen una experiencia propia e inmediata de Su omnipotencia. Por desgracia, nuestros curas socialistas no son místicos. Buscan, por tanto, la fuerza en su segunda forma. En sí, esto no es malo. Los hace herederos de nuestro Santo Oficio o de los curas de combate de las guerras civiles. Lo que late en su actitud, en el fondo, es la nostalgia de nuestra Cristiandad del Siglo de Oro. Repito, en sí no es malo. Lo malo es haberse equivocado de dirección.

Para tener fortaleza terrena, hacen falta dos cosas: disponer de fuerza física y estar dispuesto a emplearla. Para lo segundo, hace falta tener una idea que imponer. Es imposible tener confianza en uno mismo sin el sentimiento de tener razón.

Pues bien, el socialismo puede ser capaz, en determinadas circunstancias, de movilizar la energía popular al servicio de su causa. Llegado al poder, puede conservar el impulso inicial durante unos años. Pero el régimen que se instala resulta tan tiránico, corrompido, hipócrita, ineficiente y chapucero, que a la larga o a la corta, pierde

toda autoridad y toda confianza. Llegados a este punto, de los dos ingredientes necesarios a la fortaleza, se pierde uno: la idea. Queda cada vez menos gente dispuesta a luchar, de buen grado, por el régimen, y menos aún, a imponerlo a otros. Entonces la burocracia dominante pone su confianza en lo único que queda, la pura fuerza física, empleada al único fin de la propia conservación. Y lo más paradójico del caso, es que no dispone ni de eso.

Dispone, eso sí, de un efectivo sistema policíaco, capaz de prevenir cualquier peligro de orden interno. Pero en el exterior, el país resulta totalmente incapaz de resistir una confrontación con un sistema de economía libre, sea confrontación bélica, sea pacífica. El mejor ejemplo es el de la URSS, el país más extenso y más rico del planeta, ya una potencia mundial antes de la revolución, y donde el socialismo lleva instalado el tiempo suficiente para haber demostrado todo lo que es capaz de hacer. Tiene, desde luego, todo el aspecto de una gran potencia. Pero la realidad es muy distinta. Su régimen no resulta competitivo.

Empecemos por examinar el caso de una confrontación bélica. De momento, en tiempo de paz, parece que sus fuerzas resultan equilibradas con las de los Estados Unidos, con un ligero desnivel a favor de éstos. La diferencia está en que para conseguirlo, la URSS dedica, directa o indirectamente, a la defensa como el 90 por 100 de su potencial industrial, mientras los EE. UU. sólo le dedican un 10-12 por 100, y el resto del mundo libre, menos aun (44). Esto quiere decir que en caso de conflicto, si no se resuelve desde la primera batalla (cosa poco probable entre contendientes equilibrados), los EE. UU. y sus aliados reconvertirán para fines bélicos toda su industria, y los soviéticos, que no tendrán nada que reconvertir, se encontrarán literalmente sepultados bajo el material enemigo: continuarán produciendo, más o menos, lo que ahora, mientras que el enemigo pasará a producir diez veces más. Les ocurrirá exactamente lo mismo que a Alemania y al Japón durante la Segunda Guerra Mundial: empezaron la guerra pertrechados con el material más moderno y abundante de

(44) Cifras del académico A. Fiedoseiev, recientemente pasado a Occidente. Cfr. su serie *Sotsializm y dictatura. Prichina y sledstvie* (El socialismo y la dictadura. Causa y efecto), en «Possev» (Frankfurt/M.), 1971 (12) y 1972 (1 a 10); *loc. cit.*, 1972 (10), pág. 31.

la época, y la acabaron con material anticuado y escaso. El adversario, con muchas más reservas, había progresado más y más rápido.

Y si la confrontación —como esperamos— permanece pacífica, es aún más desfavorable al socialismo. Ya no se trata sólo de su inferioridad, sino incluso de que *necesita del Occidente* «capitalista» para sobrevivir. No me refiero sólo a las importaciones de comida, aunque ya sin ellas se acabaría el socialismo por inanición. Pero aún hay mucho más. En primer lugar, en régimen socialista, el Estado fija sueldos y precios. Jugando con ambas magnitudes, puede fijar en cada momento el valor real de su moneda y el volumen de numerario en manos de la población. Pero precisamente por esto, tiene que compensar, en oferta de mercancías, cada rublo que pone en circulación, so pena de entregar cheques contra sí mismo, al crear demanda inatendible de bienes. Y esto hace que en manos del propio Gobierno, su propio dinero no tenga ningún valor, no sea ninguna riqueza. Lo mismo ocurre con el oro, que pasa a comportarse como cualquier otra mercancía, y que si retiene algún valor, es exclusivamente por la demanda del mundo exterior. Con lo cual se llega a una curiosa paradoja: la única riqueza real asequible a un Estado socialista son las divisas «capitalistas», y el oro, porque funciona como una de ellas. De ahí la insaciable sed de divisas que caracteriza invariablemente a todo régimen socialista.

En segundo lugar, el «capitalismo» resulta indispensable para suministrar las metas a conseguir por la economía socialista. Hay en Rusia un «slogan» que campea indestructiblemente en todo lo que va de régimen: «alcanzar a América». Claro, no se la alcanza nunca, no sólo porque va delante, sino porque, además, indica por dónde hay que ir. Me explico. Todos, absolutamente todos, los inventos que se han hecho de 1917 a esta parte para facilitarnos la vida, desde la televisión hasta el colchón de muelles, proceden de Occidente. Igual que todos los adelantos técnicos que no sean meras variaciones de algo conocido. Y no puede ser de otra forma. La lavadora, por ejemplo, no puede haberse inventado en la URSS, simplemente porque nadie tiene interés en ello: ni el inventor, al que no solamente no pagan por un invento, sino que además tiene que pelear con los organismos competentes para conseguir que se fabrique; ni los encargados del

Plan, que lo componen mucho mejor sin quebraderos de cabeza suplementarios; ni los funcionarios de la red comercial, que cobran lo mismo, vendan lo que vendan; ni el propio Estado, que, como todo Estado, sólo tiene interés en atender a su propia conservación. Luego sólo se empiezan a fabricar lavadoras (por lo demás, muy malas) cuando la gente se entera de que las hay en Occidente. Y así con todo. Por tanto, mientras el socialismo coexiste con Occidente, resulta que depende de él por entero. Y si imaginamos al socialismo solo en escena, no es que obstaculizaría todo progreso (eso ya lo hace ahora), sino que lo suprimiría de raíz. Y a la larga, eso no resulta viable.

## 7. Cambio de frente.

El socialismo, por tanto, no es, no puede ser, un régimen fuerte. Empieza siéndolo, es cierto, pero rápidamente se transforma en algo débil, y, por tanto, cobarde y tiránico. La diferencia entre China o Cuba y la URSS es solamente una diferencia de años. Por tanto, es un régimen sin futuro. No puede ser fuente de fortaleza, ni para sí, ni menos aún, para la Iglesia. Precisamente si la Iglesia, en el Este, conserva, incluso entre no creyentes, mucho prestigio y respeto, lo debe al hecho de haberse negado siempre a comprometerse con el comunismo. Los movimientos tipo «Pax», *alli*, son objeto del más unánime desprecio. Por poco que el socialismo se extienda a nuestras latitudes, lo mismo les espera a sus homólogos de por aquí. Entretanto, esperemos que no logren arrastrar consigo a la Jerarquía: si después de haberse comprometido con la burguesía liberal, encima se compromete con la burocracia socialista, sería lo que faltaba para que la Iglesia, en lo sucesivo, no pueda ya ni abrir la boca.

Pero cabe una última posibilidad: que esto sea un riesgo calculado que toman nuestros curas socialistas, por suponer que la única manera de acercarse al pueblo sea a través del socialismo. Es otro error. Efectivamente, los socialistas, en un momento dado, fueron el único partido político que se fundió con el pueblo, vivió sus problemas y escuchó sus necesidades, usurpando el lugar de los movimientos legitimistas y tradicionalistas, confiados en que bastaba con tener razón. Pero aún así, su ideología, hecha de desprecio a la ley y de

hostilidad a las tradiciones, prende en el pueblo con mucha dificultad. Y en la medida en que ha prendido, se debe exclusivamente al ejemplo de nuestra buena burguesía liberal, que ha demostrado que se puede desamortizar (o sea, robar desde el poder) sin que pase nada. Se hacen fácilmente socialistas los intelectuales, mejor dicho, los semi-intelectuales. Pero el pueblo llano tiene un sano instinto que le advierte de que eso «no puede ser».

Además, hay otras formas, más efectivas, de tocar la fibra íntima del pueblo. Ante todo, se le puede hablar, simplemente, del amor de Dios. Sí, esto se les da bien a los místicos. A los demás, nos sale un poco tipo «sermón». Pero hay más medios. Por de pronto, está el hacerse eco de los problemas de los de abajo, y procurar resolverlos sobre la marcha, sin alardear necesariamente de un ideario político. Y si resulta indispensable tenerlo, pues que se hable al pueblo de su unidad católica, de su lucha por la fe, de lo que ha sido y lo que es, de sus reyes, de sus libertades y fueros, existidos o por existir. Eso, en España, se entiende en seguida. Bajo estos mismos lemas, posteriormente puestos en práctica o no, el pueblo —precisamente el pueblo— ganó, en 1936, una guerra empezada en las peores condiciones.

En general, ya que me dirijo aquí a católicos y me refiero a sacerdotes, hay que procurar que la Iglesia tenga una fuerza *propia*, no prestada, como un apéndice, de cualquier bando político. Si, con todo, hay que acudir a ellos, escójase a uno que respete a la Iglesia. O, en último caso, al menos a uno que proponga cosas *sensatas*. Y, sobre todo, hay que ser consecuentes en la elección de fines y medios. Si *de verdad* se es partidario de la igualdad, no se proponga regalar todos los medios de producción a un jefe de Estado presente o futuro; la desigualdad aún se haría mayor. Si *de verdad* se es contrario a la «sociedad de consumo» y a la superabundancia de bienes, predíquese el eremitismo, no el socialismo. El socialismo, en teoría, se ha inventado para *multiplicar* los bienes materiales (si no lo hace en la práctica, es porque no puede, no porque deje de esforzarse en ello y sólo en ello). Si *de verdad* se es amigo de la gente humilde, procúrese mejorar *efectivamente* sus condiciones de vida. Lo contrario no es sólo contradecirse; también puede ser *engañar*.

Y si para todo esto hay que cambiar de frente, ¡adelante amigos!